

**Retornos, supervivencias, expansiones en ficciones contemporáneas
argentinas. Sobre *Las chanchas* de Félix Bruzzone**

Lucía De Leone

Unos pocos párrafos antes del final de *Los topos* (2008), primera novela de Félix Bruzzone, nos topamos con una imagen con la que el narrador-protagonista abre un abanico de opciones para la historia de Maira -su supuesta hermana, travesti, y ante todo “su amor desesperado”- que había quedado latiendo unas líneas atrás. La imagen-guía de sus pensamientos es la de una hamaca en la niebla, en cuyo vaivén la novela instala un desestabilizante juego de los posibles que, a través de formas del sueño y la ensoñación, incluye varios finales para Maira y el narrador.

Y en ese hacer y deshacer, que esta trama potencia unas páginas antes de cerrarse el libro, los lectores podríamos tentarnos a optar por alguna de las preferencias que se dejan presentadas. (Doy fe de que, mucho antes que *Rayuela*, quienes, como el autor nacimos en 1976, en los 80 leímos los libros-juego de la saga *Elige tu propia aventura*, confesa lectura de infancia de Bruzzone). Pero si en esos libros se premiaba la buena elección del lector –por prudente, inteligente, ética- en *Los topos* esa elección sería solo una ilusión que surgiría por el uso de un procedimiento narrativo: el “estiramiento”, que redundará en indefiniciones. Y esto es así no sólo porque los recorridos de lectura no se imponen saltados o tajados (más que falta hay acumulación) ni están marcados por la búsqueda de ética alguna, sino porque en el devenir de la trama se defrauda cualquier expectativa. En ese final, la aventura elegida nos muestra al narrador, secuestrado, y al Alemán, su amante-secuestrador, en una escena sutil que podría *pecar* de amorosa: los dos frente a un lago del Sur, arrojando piedras y hasta imaginando un futuro juntos; y es ahí cuando Maira vuelve, desdibujada, como objeto de alguna nueva búsqueda también brumosa.

Si me detengo en estas marcadas escenas finales de la primera novela de Bruzzone es porque considero que en la reciente *Las chanchas* (2014) además de identificables, y esperables, desprendimientos formales, temáticos e ideológicos, encuentro un afán, una insistencia de regresos. Algo que Andy resume bien al justificar

su modo de volver a casa después de una temporada de errancia, estado en tránsito y superación: "...en este tiempo anduve un poco perdido... Ahora me gustaría volver" (p.106).

Sin embargo, la experiencia de la pérdida no será previa ni excusa de retorno en tanto vemos que es constitutiva de todos los personajes.¹ No es difícil adivinar la pronta extenuación de ese deseo en el "mundo agotado" que sitúa la novela. Después de ese retorno, Andy -que vive en la Luna a la que prefiere llamar Marte- se perderá en alguna nueva aventura pasajera que también le haga volver los pasos atrás.

La historia es así: una tarde cualquiera Andy sale a sacar la basura, escucha gritos, son dos quinceañeras que vuelven de jugar al hockey y le piden ayuda. Unos pasos atrás unos "tipos" las habían querido meter en una camioneta blanca (el *falcón verde* del tráfico de órganos, del hurto de bebés, de la trata de personas, y hasta de los ataques "terroristas"). ¿Es la camioneta de Walter, el vecino fletero? Nada de eso importa demasiado en esta novela de la pura incertidumbre. Andy las hace pasar al living de su casa, y frente a la imposibilidad de hallar una solución antes de que llegue su mujer, Andy las encierra en el cuartito del fondo. "¿Por y para qué?". ¿Por impericia, negligencia? ¿Para su explotación sexual? No sabemos y la novela aporta otras claves no menos perturbadoras: parecería ser tan solo por un efecto de sobreinterpretación, moldeado por una imaginación culposa y paranoide: ¿qué podría pensar Romina, su esposa, al llegar del trabajo y ver en su propio living a su marido con dos deliciosas jovencitas? ¿Qué estaba haciendo Andy -en el reparto le tocó ser amo de casa- ahí con esas chicas en vez de estar atendiendo a Omi, su bebé, o preparando la cena? Las pistas darían escena de infidelidad, que no es lo mismo que infidelidad, y Andy no se muestra preparado para desmentir o explicar nada. Romina, que lo "despellejaría" si Andy sólo volviera a fumar, que es quien da las "órdenes", resulta más aterradora -se ve- que la policía o la Justicia. Pero esto no sería tan sencillo si Lara y Mara -la dupla de rima consonántica construida casi en espejo con Ludo y Romina de *Los topos*- no aceptaran quedarse allí gustosas en vez de querer regresar, tan luego, a sus hogares. Y aquí volvemos a *Los topos*, donde el narrador secuestrado por el Alemán desestima la idea de

¹ En *Las chanchas* los personajes experimentan distintos modos de la pérdida. Se pierden ellos mismos en sucesos cotidianos: caminando (Romina va sin rumbo, sola y de madrugada, por el delta), en sus ideas (en su relato, Mara, que busca a una hermana justamente perdida, repite "me pierdo" una y otra vez), en sus decisiones (los secuestradores Andy y Gordini -un dúo de *losers*- terminan siendo sus propios rehenes), en sus silencios (Romina le hace la vista gorda a Gordini y regresa a su idea de familia); todos ellos están también un poco perdidos o quizá ganados por la nueva situación.

escapar o la transforma en una ilusión de felicidad: “...sentía que en la cabaña por fin era feliz”.

Ahora bien, en la nueva novela de Bruzzone –otra vez, un título con animales– los regresos son múltiples y operan en varios niveles. En el sistema de personajes se incluye a Romina, que es extrapolada de una zona de *Los topos*, cuya precuela encontramos en un cuento de 76 (2014; 2008). Después del agua nueva que *Barrefondo* (2010) trajo en su producción, con Romina también retorna la militancia fundada en causas ajenas. En esta segunda parte, Romina vuelve transformada, pasaron varios años, tiene un trabajo estable, formó familia con Andy y Omi, carga con un pasado poco claro, sufre la lejanía de su primer hijo de quien poco sabemos (¿Mate es el hijo del narrador de *Los topos*?), y es una de las narradoras de esta historia. Lo que sí se reactiva es la militancia de Romina, que también sufre una mutación sustantiva: de formar parte de la agrupación política HIJOS, identificada con el lugar de los hijos sin ser una afectada directa, a liderar, ahora como madre, las marchas barriales de los palos de hockey que exigen la aparición inmediata y justicia para las chicas/ hijas desaparecidas que están en su propia casa.

Si en *Los topos* la travesti Maira, tras su desaparición, se erigiría como estandarte de “una nueva generación de desaparecidos” en contextos democráticos y derechohumanistas, que buscan justicia para sus padres, en *Las chanchas*, Lara y Mara aplicarían como ejemplos de esos “neodesaparecidos o postdesaparecidos” pero situados esta vez en la línea delgada que trazan el azar y la voluntad como causas de un secuestro sin causa: las chicas son las nuevas caras visibles de un reclamo por la inseguridad, no institucionalizado, de padres y madres, que casi nunca son los propios.

De las varias supervivencias y retornos entre ambas novelas, me interesa remarcar que *Las chanchas* enfatiza una zona de indecisión de amplio espectro, que nunca se resuelve y alcanza al jugueteo con retazos de tradiciones consolidadas cuyas convenciones se traicionan una y otra vez: una crónica, un cuaderno de notas ilustrado, una coda, literatura de aventuras, la carta, el *noir*, la novela psicológica, la ciencia ficción, la épica, la *happy ending story*, y hasta la *sitcom*. ¿Cuántas opciones, promesas incumplidas, falsas expectativas podrían expandirse en esa zona? Estamos al tanto de que Andy es un “flojito” que nunca sabe qué hacer y necesita ser arrasado (por Romina en la vida familiar, por Gordini con las chanchas), que está en constante fuga (se piensa en Marte para evadirse de su realidad), que es un poco “pollerudo” y un poco “robot”, un híbrido “mitad oveja, mitad planta”. ¿Qué esperar de alguien que elige como centro

clandestino de detención un cuarto propio que es ni más ni menos que una sala de ensayo de karaoke? Tal vez que se entrene en el arte de secuestrar antes de secuestrar. Pero las características que presentan los demás también crean esas atmósferas ominosas de indefiniciones. Mara no encuentra “término medio” al recrear durante el cautiverio el paisaje de un cuadro recordado: las colinas son más altas o más bajas que en el original; Romina, la supuesta guerrera *romana*, comienza su relato no decidiéndose si siente frío o calor, y se prolonga ese tímido “gris”. Lara que es la más clara, quien más sufre la situación de secuestro, vive artificialmente tranquilizada por las inyecciones de Gordini. Gordini es una “piraña encubierta”, un “doble agente” siempre listo para pasar por bueno y sacar provecho. Por algo tiene veleidades de mago, gran encantador de serpientes que hace precisamente aparecer y desaparecer seres a su antojo, ya sea raptando chicas en casas familiares o gatillando contra perros fieles en tierra hippie.

Pienso a *Las chanchas*, entonces, como una novela de la disyunción y la simulación. Todo así se convierte en un enorme “como si”: ¿Fue o no un secuestro? ¿Romina vio o no a las chicas secuestradas? ¿Las chanchas son felices al interior de su nuevo clan o quieren regresar a sus casas? ¿Estamos en Marte o en el conurbano bonaerense?

¿Qué hace Marte ahí? Antes que leer fácilmente la crónica marciana como un guiño a Bradbury, o de manera errada en clave alegórica, cuya fórmula daría: *los marcianos como el otro peligroso*, prefiero mirarla como trasfondo ambiguo y extrañado (a los raros se le dice también marcianos) de la dimensión espectacular que atraviesa las tres partes de la novela. Las chicas raptadas aparecen en vivo en sus propias marchas para comprobar el grado de popularidad que ganan con los días; las chanchas salen de gira por las sierras —¿una alusión desviada a los paseos y la explotación de las víctimas-talentedas por parte del Terrorismo de Estado?— a participar de los shows de magia y karaoke; Romina, heroína de la nada, se embandera en la causa de las desaparecidas recitando por televisión extremos manifiestos feministas en el show del dúo de cumbia-punk de Kami y Kasi; cuando el espectáculo en las sierras decae, pese a mostrarse en escena al conejo muerto, Gordini cambia muerte por vida y propone algo cercano a un biodrama.

Pero *Las chanchas* es también una novela de la reproducción. Los distintos niveles de la fábula están plagados de conejos, embarazos, hijos, panzas que crecen al unísono, réplicas apócrifas de dibujos, personajes que se llaman igual (los dos Walter) o

parecido (Lara y Mara). La narración a su vez se reproduce en tres relatos que no son ni episódicos ni tres versiones de lo mismo. Las diferentes percepciones (la de Andy, la de Mara y la de Romina) asumen géneros discursivos, temporalidades, espacios, extensiones y puntos de arranque de la historia, también diferentes. Un sistema de relevos narrativos: me canso, paro, que siga el otro. Una cifra impar que no habilita el desempate que daría a la novela la inserción de la voz de Gordini, quien resulta un personaje fundamental también por la carta- promesa de develación que le envía a Romina, la narradora de la última parte, que más que la vencida por ser la tercera es la más adelgazada, casi una anorexia narrativa.

En este sentido, una mención merece la proliferación del tres, un número tradicionalmente venerado, preferido y con fuertes cargas simbólicas. En la novela tres son los espacios protagónicos (el Conurbano, las sierras, el delta); tres, los embarazos e hijos de Romina; tres, los hippies de las sierras; tres, los nuevos embarazos (Lara, Mara y Romina). Si tuviera que trazar una figura que imprimiera la geometría de nuevas familias de *Las chanchas* sería la del triángulo. (Claro que se trata, y como se hace notorio en *Los topos*, de familias signadas menos por filiaciones genéticas según el ordenamiento biopolítico de los Estados que por lógicas delirantes). Por tomar dos casos: Mara-Lara en un vértice, Andy y Gordini forman un nuevo grupo familiar de secuestradas y secuestradores; Gordini, el “papá” y también el “papito” de las chanchas, se enlaza con Lara y Mara en una relación “mucho mejor” cuando Andy abandona las sierras. Agenciamientos temporarios que sólo hablan de la profunda soledad en la que están inmersos los personajes incluso en los momentos felices.

La sintomatología del nuevo embarazo de Romina aparece aliviada por la literatura de aventuras que Romina lee en libros de Andy encontrados por ahí. Estos textos que calman las náuseas son libros “sin fin” que funcionarían como puesta en abismo de la novela. En uno, el protagonista deja hijos por todo el mundo y, en una *Telemaquía* al revés, va en su búsqueda para formar un ejército contra el mal; el otro absorbe la atención de Romina porque no se sabe quién manda a quién y porque nunca nada se revuelve. Las últimas líneas sitúan a *Las chanchas* en el umbral de un fin y un recomienzo: es Año Nuevo, hay un embarazo, Romina abre una puerta –la de la sala de ensayo- ve los dibujos, encuentra un conejo, da marcha atrás. Como Andy, Romina también regresa al estado de cosas previo a la aventura y construye una ficción reconciliatoria recurriendo a la biblioteca dispersa de su marido. Así su imaginación, procesada por los relatos consumidos en sus descomposturas, escoge nuevas peripecias

para Andy, que den una vuelta de tuerca y de algún modo la incluyan: el “pollerudo” ahora será un héroe; el ex amo de casa liderará un ejército invencible de conejos; el “flojito” cabizbajo lucirá “radiante”. ¿Romina sabe o no qué sucedió? ¿Qué pasó con la carta relevación que Gordini le manda? ¿Por qué ella calla? ¿Cómo sigue esta historia donde el bienestar que todos quieren percibir al regresar de distintos modos al hogar ya está podrido en tanto va ganando terreno el fuera de campo o lo que no se dijo? Pese a esta ilusión de final, que podría darse por los regresos, no hay cierre para esta fábula de la disyunción, más bien es un abrupto corte, un fundido a negro.

Antes que en términos de derivas, tan señaladas en general por la crítica, pienso a las novelas de Bruzzone –incluyendo su performance *Campo de Mayo*- como narrativas del regreso, en las que los retornos son mucho más potentes en todos sus alcances, tan turbulentos como iluminadores, tan rítmicos como variantes.

Bibliografía

- Bruzzone, Félix, *Las chanchas*, Buenos Aires, Random House, 2014
- _____, “Campo de Mayo”, conferencia performática estrenada en el ciclo *Mis documentos*, curadoría de Lola Arias, Teatro San Martín. Una versión de la conferencia se puede leer en “Campo de mayo: cómo quebrar a un rugbier” en *Anfibia*, <http://www.revistaanfibia.com/cronica/campo-de-mayo-como-quebrar-un-rugbier/>
- _____, *Barrefondo*, Buenos Aires, Mondadori, 2010.
- _____, *Los topos*, Buenos Aires, Mondadori, 2008.
- _____, *76* (Tamarisco, 2008) Buenos Aires, Momofuku, 2014.
- Kamenszain, Tamara, “De la intimidad inofensiva a las prácticas del post-flaneur”, ponencia presentada en *Coloquio Internacional “Ficciones en transición”*, Rosario, 22 y 23 de agosto de 2014.
- Zambra, Alejandro, *Formas de volver a casa*, Barcelona, Anagrama, 2011